

Simposio Internacional “La Etnografía en México”

Mtra. Julieta Valle Esquivel

ENAH-INAH

Bajo la premisa de que las culturas indígenas, lejos de estar desapareciendo, se están redefiniendo, durante cuatro días un nutrido grupo de antropólogos mexicanos y provenientes de varios países del extranjero discutieron el pasado, el presente y el futuro de la etnografía de y sobre México.

Con la ciudad de Oaxaca como escenario, cerca de una veintena de ponentes plantearon, desde ópticas diversas y basándose una amplia gama de experiencias, que el valor central de la etnografía es proporcionar una visión menos distorsionada de las otras culturas. Reconocieron, no obstante, que aún hay mucho por hacer en cuanto a que los conocimientos que ella produce alcancen a un público más vasto que el estrecho círculo de la academia. Además, no faltó quien señalara que uno de los usos de los conocimientos antropológicos ha sido, paradójicamente, el de coadyuvar a la dominación de los indios.

El retorno a la etnografía fue motivo de festejo. Por haber vuelto ta a centrar sus intereses en la materia de estudio que le dio razón de ser desde sus orígenes en México: el indígena, la diversidad, las culturas en plural. Y se habló de la imposibilidad de seguir suponiendo la existencia de la investigación científica separada de lo que Miguel Bartolomé llamó “los trabajos políticamente comprometidos”. En este tenor, fue inevitable punto de controversia el papel que jugó el marxismo a lo largo de varias décadas como corriente hegemónica en las ciencias sociales.

La antropología posmoderna tampoco salió demasiado bien parada. Algunos negaron que existiera como tal; otros indicaron que el concepto de posmodernidad se ha usado de modo tan indiscriminado que ya no quiere decir nada. Finalmente, Flavia Cuturi señaló que la polémica que esta corriente ha desatado en torno a “devolver la voz al nativo” es una de las más estériles en las que se haya enfrascado nuestra disciplina, dando con ello pie a una interesante aproximación al uso de las categorías émicas en su investigación sobre los huaves.

Sólo Etsuko Kuroda puso el acento en la fuerte influencia de la aproximación posmoderna sobre las nuevas formas de escribir etnografía, al menos, por lo que a Japón respecta. Dick Papousek, por su parte –y en abierta defensa de lo que llamó la “etnografía clásica”–, propuso que la de sesgo posmoderno se define por carecer de un adecuado balance entre la pregunta interesante y la descripción precisa, lo que a su manera de ver, constituye el ser de la etnografía. En este contexto, llama la atención que, tras bambalinas, los más jóvenes de los asistentes reclamaban un debate de mayor envergadura en torno al asunto.

Pero si algo no faltó en esta larga jornada de trabajo fue, definitivamente, el debate. Desde el uso mismo del concepto de informante, hasta el valor de las etnografías realizadas por nativos, pasando por la comunidad como unidad de análisis y un sinfín de temas más, a lo largo de las cinco sesiones académicas de las que constó el evento, la participación fue entusiasta e, incluso, apasionada.

Un tema recurrente fue el de la periodización: ¿de qué etapas está formada la historia de la etnografía en México? Cada ponente, casi sin excepción, tocó el asunto y en algunos casos, como el de Margarita Nolasco, fue, de hecho, la columna vertebral de su reflexión, quien distinguió las diferentes etapas desde la perspectiva del poder. Saúl Millán, por su parte, insistió en que el riesgo de efectuar un balance de la antropología mexicana consiste en hacer “una narración lineal, complaciente y plagada de grandes momentos”. Hugo Nutini, a su vez, planteó en la sesión inaugural que el gran parteaguas se ubica en la década de los cincuenta. Desde su perspectiva, hasta entonces lo que predominó fueron los estudios de comunidad, marcados por una visión funcionalista, que presenta al mundo indígena como aislado y ahistórico. Concluyó que la segunda etapa se caracteriza por el despliegue de una etnografía centrada en problemas específicos, con profundidad sincrónica y diacrónica. Huelga decir que esta postura encendió los ánimos y dio pie a una prolongada discusión, pero también abrió –casi sin querer– una temática que también fue de enorme trascendencia a lo largo del evento: el problema de la relación entre historia y antropología.

Algunas de las exposiciones revelaron una profunda vocación etnohistórica, como



Etiqueta de la manta cruda que se elaboraba en La Trinidad. Museo Textil La Trinidad.



fue el caso de la de Andrés Medina sobre los sistemas de cargos y la de Alicia Barabas sobre los movimientos étnicos. Lo notable es que el énfasis diacrónico que los caracterizó, lejos de desconcertar al auditorio, enriqueció la redefinición de la antropología que ahí se gestaba.

Tan estuvo en el centro de las preocupaciones de los asistentes el delicado tema de la historia que quizás una de las palabras que más se pronunció fue "Mesoamérica". Concepto siempre polémico que promovió, entre otros efectos, la protesta de los estudiosos de los grupos indígenas del norte, quienes –a su decir, en diferentes participaciones– estuvieron virtualmente ausentes de las ponencias.

Pero si el norte no figuró de manera destacada, la península de Yucatán fue motivo de particular atención, no obstante que en el balance que efectuaron varios de los expositores, no ha sido motivo de una indagación etnográfica conmensurable a la de Oaxaca, los Altos de Chiapas o la región Puebla-Tlaxcala. Con una mirada de carácter explícitamente regional, Allan Burns ofreció una rica y sugerente propuesta de agrupamiento de los estudios hechos sobre la Península. Su presentación dio pie a una fuerte controversia en torno al papel que ocupa la etnografía hecha por nativos, tema que ya había sido planteado por Miguel Bartolomé en su ponencia.

Siendo que este simposio estuvo anclado en el Proyecto *Etnografía de las regiones indígenas de México*, era casi previsible que el problema de lo regional apareciera recurrentemente. Así fue y el debate estuvo alimentado por varias de las exposiciones, como la de Andrés Fábregas, en la que dio cuenta de los intentos por situar la realidad indígena en contextos regionales, advirtiendo que a lo largo de la mayor parte de la historia de la antropología sobre México se

mantuvo el predominio de la comunidad como unidad de análisis. Pedro Pitarch, por su parte, señaló que el concepto de comunidad indígena produce muchas anomalías y podría suplirse, provechosamente, por otros distintos. Su preocupación principal radica en que "la comunidad" oscurece otros temas, como el de persona, que es precisamente en el que centró su participación. Y más allá del problema de la región, Laura Nader propuso que es necesario dirigir la etnografía hacia un cuadro más grande, deplorando que aún no se entienda lo que ella llamó el "new world system".

Millán, en la última mesa de trabajo, situó el dilema entre los estudios de comunidad y los de carácter regional como la preferencia por la profundidad o densidad frente a la generalización y, por su parte, tomó postura por la primera opción, lo que desató una larga oleada de participaciones sobre el asunto.

Un debate de naturaleza totalmente diferente fue el centrado en la definición de las "escuelas nacionales" de antropología. El muy pertinente agrupamiento de las ponencias que hicieron los organizadores del simposio permitió que esta discusión pudiera darse sobre la base de un menú de casos ejemplares. Y no obstante que Jacques Galinier puso seriamente en entredicho el sentido mismo de hablar del carácter nacional de las "escuelas" y que Etsuko Kuroda reveló la fuerte dependencia de la antropología japonesa con respecto a las de los países metropolitanos, la presentación de Masaya Yasumoto (y, particularmente, el provocativo video que exhibió) y de Hugo García Valencia sobre la participación británica en México, a la que calificó de "escasa pero de gran trascendencia" llevaron al público a sensibilizarse ante las diferentes formas de aproximación a un mismo objeto de estudio, producto de tradiciones de investigación divergentes.

Sin quedar exentas de vocación crítica, tres ponencias atrajeron el interés del público por su carácter erudito y su formato más bien didáctico. Se trata de los trabajos de Elio Masferrer sobre la antropología de las religiones, de José Luis Moctezuma sobre la sociolingüística y de David Robichaux sobre la organización social de la Mesoamérica contemporánea. Coincidentemente, las tres exposiciones, amén de distinguirse por un siempre bienvenido desparpajo en eventos de este tipo, tuvieron también en común el apartarse de los temas que fueron recurrentes en el resto de las mesas. Masferrer, por ejemplo, hizo un énfasis muy particular en el enfoque interdisciplinario que anima a la antropología de la religión en México. Robichaux, a su vez, desafió a los asistentes a admitir

que el conocimiento de la terminología de parentesco no implica entender las formas de organización social. Indicó, sin subterfugios, que la posición opuesta es una confusión heredada del evolucionismo, y propuso, en suma, que parentesco no es sinónimo de organización social. Finalmente, Moctezuma cerró esta mesa ponderando la relación entre cultura, lengua y etnicidad.

La diversidad de temas, la variedad de enfoques y de estilos de exposición, el calor de las discusiones, hicieron de este simposio un evento de innegable valor y relevancia. Queda por ahora, pues, esperar la pronta publicación del libro que se desprenderá del evento. El balance final será aquél que proporcione su lectura.



Etiqueta de producto elaborado para el Puerto de Veracruz. Museo Textil La Trinidad.